

del partido mismo que han adoptado, se levantó para pedir la palabra. Joven, de formas elegantes, alto, de gesto desembarazado, con un estilo flúido, se veía en sus facciones aquella mezcla de reserva y de atrevimiento que caracteriza los Sejans, cubriendo todo el exterior de la inspiración, todo el cálculo del egoísmo. Estos hombres son los sabuesos de los grandes ambiciosos; pero antes de entregarse á ellos quieren hacer conocer su importancia con objeto de que se les aprecie más. Tal era Barere; carácter propio de la comedia elevada lanzado, por una equivocación del destino, en la tragedia.

Barere había nacido en Tarbes, de una familia respetable; abogado en Tolosa, literato en Paris, adornando su nombre plebeyo con el nombre de Vieuzac, había traído del fondo de su provincia aquel nombre, aquellas maneras y aquel lenguaje que abrían los salones, y que eran entonces una especie de candidatura natural á toda clase de fortuna. Madama de Genlis le acogió é introdujo en la familiaridad del duque de Orleans, y este príncipe, con objeto de atraerle á su casa, le confió la tutela de una joven inglesa sumamente bella, que pasaba por su hija natural. Madama de Genlis cuidaba á aquella pupila como una madre. Esta joven se llamaba Pamela. Barere era agraciado y elocuente, pareciéndose su filosofía sentimental á una parodia de Bernardino de Saint-Pierre. El colorido pastoral de las montañas donde había nacido se reflejaba en sus escritos. Los salones, los teatros y las academias afectaban entonces aquella desidia que era como la languidez de la agonía de aquella moribunda sociedad, que creía rejuvenecerse haciéndose pueril; puerilidad de la vejez. Barere, Robespierre, Couthon, Marat y Saint-Just, todas estas almas tan acres habían principiado por ser empalagosos.

Bailly, Mirabeau y el duque de Orleans fueron los patronos de Barere á fin de que le nombrasen para la Asamblea nacional, donde desempeñó con asiduidad y talento un papel más literato que político; había sembrado sus numerosas relaciones de máximas filosóficas, redactado despues *La Aurora (Point du Jour)*, y sido uno de los primeros que pidieron la república cuando vieron titubear al trono. En el día 10 de Agosto, enviado con Gregoire á esperar al rey en el jardín de Tullerías, llevó en sus brazos con cariño al joven Delfin. Nombrado para la Convención, parecía debían unirle á los girondinos sus opiniones republicanas, sus estudios, sus relaciones, su origen meridional y su talento más florido que popular; y efectivamente, se inclinaba á su lado en los primeros días; creía en su genio y admiraba su elocuencia, conocía la dignidad de su espíritu y le agradaba la moderación de su sistema. Pero había visto la fuerza del pueblo el 10 de Agosto y el 2 de Setiembre, y la mirada del leon le había fascinado. Temía á Marat, Danton le admiraba, y desconfiaba de Robespierre. La estrella de estos tres hombres podía sufrir muchos cambios, y no quería ofrecerse como víctima á su venganza, si llegaban á triunfar.

Se había colocado á igual distancia de los dos partidos, en el centro, que se llamaba la Llanura, alternativamente mediador ó auxiliar, segun los hombres, el día y la mayoría. Esta Llanura, compuesta de hombres prudentes ó medianos, que callaban por prudencia ó por mediocridad, tenía necesidad de un orador, y Barere se ofreció á serlo. Se levantaba por primera vez, y se hallaba en su actitud y en sus palabras toda la incertidumbre equívoca de las almas que tomaban prestada su voz.

«Ciudadanos,—dice Barere,—al ver bajar á la barra á Barbaroux, uno de nuestros colegas, no puedo ménos de oponerme á que se le oiga. ¿Quiere ser peticionario? En este caso, olvida que debe juzgar como diputado las peticiones que formulase como ciudadano. ¿Quiere ser acusador? No en la barra, sino aquí ó delante de los tribunales debe explicarse. ¿Qué significan todas estas acusaciones de dictadura ó de triunvirato? No demos importancia á hombres que la opinión pública sabrá colocar en su lugar. No hagamos pedestales á pigmeos. Ciudadanos, si existiese en la república un hombre nacido con el genio de César ó con la audacia de Cromwell, un hombre que con el talento de Syla tuviese sus peligrosos medios, sería temible y yo me presentaría á acusarle ante vosotros. Si existiese aquí un legislador de un gran genio ó de una vasta ambición, preguntaría lo primero de todo si tiene un ejército á sus órdenes ó un tesoro público á su disposición, un gran partido en el senado ó en la república; pero hombres de un día, pequeños empresarios de revoluciones, políticos que jamás entrarán en el dominio de la historia, no han nacido para ocupar el tiempo precioso que debemos á la nación.» (*Aplausos*). Se propone la orden del día como por desprecio. «Guardad vuestra orden del día,—responde Robespierre con sequedad,—si debe contener un preámbulo injurioso contra mí.» La Convención vota la indiferencia y la neutralidad entre los acusadores y el acusado. «¡Perezcan los ambiciosos, y con ellos nuestras sospechas y nuestras desconfianzas!»—exclama Rabaut Saint-Etienne.

VII

Difundióse la noticia del triunfo de Robespierre como una alegría pública entre la multitud que se agolpaba en los alrededores de Tullerías para compadecer ó vengar á su tribuno, cuya presencia en aquella noche en los Jacobinos atrajo un gentío inmenso que empezó á palmotear al entrar en la sala. «Que hable Robespierre,—dice Merlin;—es el único que puede dar cuenta de lo que ha hecho hoy.» «Conozco á Robespierre,—responde un miembro del club,—y estoy seguro de que callará. Hoy es el día más bello que ha visto nacer la libertad, pues es el día en que Robespierre, acusado y perseguido como un faccioso, triunfa. Su varonil é ingenua elocuencia ha confundido á sus enemigos, porque la verdad guía su pluma y su corazón. Barbaroux se ha refugiado en la barra; el reptil no podía soportar las miradas del águila.»

Manuel pide leer el discurso que había preparado para defender á Robespierre. «Robespierre no es mi amigo,—dice en su discurso;—casi nunca le he hablado, y le he combatido en el momento de su mayor poder; pero ha salido vírgen de la Asamblea constituyente. Sentado siempre al lado de Petion, estos dos hombres eran los generales de la libertad. Robespierre puede decirnos lo que dijo un romano: «Se me ataca en mis discursos; tan inocente soy en mis acciones». Robespierre nunca ha querido ser nada: está puro de esos días de Setiembre, en que el pueblo, perverso como los reyes, quiso también hacer su Saint-Barthelemy. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Elevado sobre montones de cadáveres, prediqué el respeto á la ley.»

Collot-d'Herbois justifica los asesinatos. Barere los excusa. Admirado ya del entusiasmo popular que excita Robespierre, desdeñado por él aquella mañana, dice:

«Ciudadanos, y yo tambien, en el discurso que habia preparado acerca de Robespierre, emitia una opinion tan política y revolucionaria como la de Collot-d'Herbois. Este dia, decia yo, presenta un crimen á los ojos del hombre vulgar; á los del hombre de Estado tiene dos efectos: hace desaparecer los conspiradores que la ley no podia alcanzar, y anonada á los fuldenses, los realistas y la aristocracia.» Este arrepentimiento de Barere no fué bien acogido, y no encontró aquel dia la popularidad que iba á buscar hasta en la sangre derramada por otras manos.

Fabre d'Eglantine acusó á los girondinos de querer que la Convencion nacional fuese á celebrar sus sesiones fuera de Paris. «He visto en el jardin del ministerio de Negocios extranjeros al ministro Roland, pálido, abatido y con la cabeza apoyada en un árbol, pedir con grandes instancias que se trasladase la Convencion á Tours ó Blois. He visto estos mismos hombres que se encarnizan hoy contra el 2 de Setiembre ir á casa de Danton y manifestar su alegría al oír hacer la relacion de aquellas muertes. Uno de entre ellos (indica á Brissot, enemigo del libelista Morande) aún deseaba que Morande fuese inmolado. Sólo Danton mostró en aquellos dias una gran energía de carácter, y él sólo no perdió la esperanza de que se salvase la patria. Hiriendo con el pié el suelo, hizo brotar miles de soldados.» Fabre d'Eglantine llevó la adulacion hasta insultar á madama Roland, ante cuyas aras quemaba incienso la víspera.

Fabrè, secretario de Danton, ménos su amigo que su cortesano, habia nacido en las faldas del Pirineo, como Barere. Cómico en su principio, amigo de dar gusto á la sociedad, su disposicion para tocar varios instrumentos, su genio que se complacia en agrandar, sus versos cómicos y su locuacidad de calavera, hacian que le buscasen los hombres amigos de divertirse. Dos comedias que fueron aplaudidas consagraron su reputacion de escritor. La amistad de Danton, de Lacroix y de los agitadores subalternos de la municipalidad habia aumentado su fortuna y ensanchado su ambicion. Pobre ántes de los asesinatos de Setiembre, tuvo despues de estos dias casa, carruajes y cortesanos. Abrigado siempre detras de los hombres fuertes, manifestaba más el gusto por los grandes crímenes que el valor para cometerlos; el miedo le impulsaba al ménos tanto como la ambicion. Danton se servia de él, y Robespierre le despreciaba.

VIII

Petion, que no habia podido hablar en la Convencion y que no queria hablar en los Jacobinos, hizo imprimir al dia siguiente el discurso que habia preparado, ménos para acusar que para juzgar á Robespierre. Vilipendiaba en él á Marat; reprendia á la municipalidad y rechazaba con horror la sangre de Setiembre sobre los asesinos. «En cuanto á Robespierre, —decia,— su carácter explica su papel. Receloso, desconfiado, viendo complots y abismos en todas partes, su temperamento bilioso y su imaginacion atrabiliaria le hacen ver con el colorido del crimen todos los objetos. No creyendo más que en él, no hablando sino de sí mismo, convencido siempre de que se conspira contra él, ambicioso sobre todo del favor del pueblo y hambriento de aplausos, esta debilidad de su alma, por ser popular, ha hecho creer que aspiraba á la dictadura, cuando no aspira más que al amor exclusivo y celoso del pueblo. ¡El pueblo es toda su ambicion!»

Este verdadero retrato de Robespierre era tambien el verdadero retrato de Petion. Habia entónces entre los dos partidos de la Montaña y de la Gironda más sospechas que conflictos reales, y los amigos comunes que querian reunirlos eran los confidentes de sus mutuas acusaciones.

Garat acababa de ser nombrado ministro del Interior, despues que Danton habia dejado de serlo de Justicia; era un escritor nacido tambien en los Pirineos, revolucionario por filosofía y literato de profesion, uno de estos hombres á quienes las circunstancias arrastran á lo contrario que su imaginacion. Demasiado tímido para resistir con los girondinos, demasiado escrupuloso para obrar con los montañeses, trataba de introducirse, tolerado, amado y desdeñado por ambos partidos.

«He recordado con asombro muchas veces—dice en sus *Memorias*—dos conversaciones que en el espacio de dos ó tres dias he tenido con Salles y con Robespierre. Los habia conocido á ambos en la Asamblea constituyente, y los creia sincera é igualmente decididos por la revolucion. No tenia la menor duda sobre su probidad; pero si hubiera tenido que dudar de la de uno de ellos, del último que hubiese sospechado hubiera sido de Robespierre. Salles tenia una imaginacion inquieta, agitada por la fiebre de la revolucion. En la charla confusa, insignificante y vaga de Robespierre, cuando hablaba de inspiracion, creia percibir los gérmenes de un talento



Westermann pegando á Marat.—Pág. 170.

que podía crecer. Violentaba con paciencia su lengua para amoldarla á las formas de la antigüedad y de Juan Jacobo Rousseau. La lectura continua de esos filósofos debía penetrar en su espíritu y mejorarle. Ambos hombres tenían el temperamento atrabiliario, de donde en todos los siglos han salido las tempestades populares. Creo que Robespierre tiene religion; pero nunca hombre alguno que sabe escribir frases elegantes y persuasivas tuvo un talento más falso. Un día que yo le suplicaba reflexionase sobre algunas ideas que le sometia, me respondió: «No tengo necesidad de reflexionar, pues siempre me atengo á mis primeras impresiones. Todos esos diputados de la Gironda, Brissot, Louvet, Barbaroux, son contrarrevolucionarios y conspiradores». «¿Y dónde conspiran?»—le pregunté. «En todas partes,—me contestó,—en Paris, en Francia, en toda Europa.» «La Gironda ha formado desde hace ya mucho tiempo el proyecto de separarse de Francia, para volver á Guyena y unirse á Inglaterra. Gensonné dice claramente á todo el que le quiere oír que no son aquí representantes, sino plenipotenciarios de la Gironda. Brissot conspira en su diario, que es una llamada á la guerra civil; ha ido á Lóndres, y se sabe á qué. Claviere, su amigo, ha conspirado toda su vida. Roland está en correspondencia con el traidor Montesquiou. Trabajan juntos para abrir Saboya y Francia á los piemonteses. Servan sólo ha sido nombrado general del ejército de los Pirineos para entregar la llave de la frontera á los españoles. Dumouriez amenaza más á Paris que á Bélgica y Holanda. Ese charlatan de heroísmo, á quien yo queria hacer arrestar, todos los días come con los girondinos. ¡Ah! Estoy cansado de la revolucion; estoy enfermo; nunca la patria estuvo en mayor peligro, y dudo que pueda salvarse.» «¿No teneis duda sobre lo que decis?»—le pregunté. «Ninguna»,—me respondió Robespierre.

«Me retiré consternado y asustado,—prosigue Garat,—y encontré á Salles, que salía de la Convencion. «Y qué,—le dije,—¿no hay ningun medio de prevenir estas divisiones mortales para la patria?» «Lo espero,—me dijo,—yo quitaré bien pronto la máscara que cubre los proyectos de todos estos malvados. Conozco sus planes y sé que sus complots principiaron ántes de la revolucion. El duque de Orleans es el jefe oculto de esa banda de perversos. Laclós es quien ha urdido sus tramas, Lafayette su cómplice, y quien fingiendo proscribirle, envió al duque de Orleans á Inglaterra, para anudar la intriga con Pitt. Mirabeau tenia parte en estos manejos, y recibia dinero del rey para ocultar sus relaciones con el duque de Orleans, y recibia más de éste para servirle. Necesitaban haber hecho entrar á los Jacobinos en sus complots, pero no se atrevieron y se dirigieron á los Franciscanos; fueron siempre el semillero de los conspiradores. Danton los amolda á la política, Marat los domestica para los crímenes. Negocian con Europa, y tienen relaciones con todas las cortes; tengo pruebas de ello. Han sumergido un trono en sangre, y quieren hacer salir de una nueva sangre un nuevo trono. Saben que el lado de la Convencion donde están todas las virtudes es tambien el lado donde están todos los republicanos; nos acusan de realismo, para desencadenar con este pretexto contra nosotros el furor de la multitud. Todo el lado derecho debe ser degollado. El duque de Orleans subirá al trono. Marat, Robespierre y Danton le asesinarán: hé ahí los triunviro. Danton, el más hábil y el más malvado de los tres, se deshará de sus colegas y dominará solo, primero como dictador, y bien pronto como rey.»

«Yo estaba estupefacto al ver la credulidad de semejante hombre. «En efecto, ¿se piensan tales cosas entre vuestros amigos?»—dije á Salles. «Todos ó casi todos,—respondió.—Condoreet aún duda, Sieyes se explana poco, Roland ve la verdad; todos conocen que es indispensable evitar estos crímenes y estas desgracias.» Yo traté de disuadir á Salles. El odio y el miedo ofuscaban á los dos partidos.»

IX

Vergniaud sólo, más tranquilo porque era más fuerte, conservaba la sangre fria de la imparcialidad en medio de las prevenciones y de los odios. Escribia en aquel tiempo á sus amigos de Burdeos estas líneas de serena melancolía, restituidas por primera vez á la historia, que pintan el estado de la patria por el de su alma: «En las circunstancias difíciles en que me hallo, mi corazón tiene necesidad de explayarse con vosotros. Algunos hombres que se alababan de haber hecho solos el 10 de Agosto, creyeron tener el derecho de conducirse como si hubiesen conquistado á Francia y á Paris. Yo no quise humillarme ante aquellos ridículos déspotas, y me llamaron aristócrata. Preví que si la existencia de la municipalidad revolucionaria se prolongaba, el movimiento revolucionario se prolongaría tambien, y conduciría á los más horribles desórdenes. Me llamaron aristócrata, y vosotros conoceis los deplorables acontecimientos del 2 de Setiembre. Los despojos de los emigrados y de las iglesias eran presa de las más escandalosas rapiñas. Yo las denuncié, y se me llamó aristócrata. El 17 de Setiembre se renovaron los asesinatos. Yo tuve la fortuna de hacer que se diese un decreto que ponía la vida de los detenidos bajo la responsabilidad de la Asamblea, y me llamaron aristócrata. Mis amigos y yo nos ocupábamos noche y día en las comisiones de los medios de reprimir la anarquía y de hacer salir los prusianos del territorio, y nos amenazaban noche y día con el puñal de los asesinos. Se abrió la Convencion, y era fácil prever que si se guardaba en su seno á los hombres de Setiembre, sería agitada con continuas borrascas. Lo anuncié, pero mi denuncia no produjo ningun efecto...

«Jamás me causaron la menor emocion los miserables clamores que se levantaron contra mí; sin embargo, me dije á mí mismo: «Quizá estos hombres que acusan sin cesar la pretendida faccion de la Gironda, que desde el 10 de Agosto provocan los puñales con nosotros, son sólo atormentados por la ambicion de presentarse siempre en la tribuna; quizá ellos tendrán el talento y la dicha de servir allí la causa pública mejor que nosotros. No impidamos por orgullo el bien que ellos pueden hacer. ¡Ah! ¿Deseamos nosotros otra cosa más que salvar nuestra desgraciada patria?» Entónces yo me consagro al silencio y me limito á los trabajos de los comités. Otra razon me hace guardar el silencio. En el choque de las pasiones personales, ¿quién puede responder que será siempre dueño de las pasiones de su alma? Tarde ó temprano se paga tributo á la debilidad humana, y nosotros debemos cuenta á la república de todos nuestros extravíos. Pues bien, ¿qué hacen esos eternos difamadores? Redoblan su furor para calumniar, en la Convencion, en los ejércitos y en todos los puestos importantes, á los hombres que han sido útiles á la república. Acusan á todos de intrigas, para que de ese modo la atencion general se separe de los complots que ellos mismos fraguan. El que no aplaude los ase-

sinatos, para ellos es un aristócrata; el que los aplaude es virtuoso. Nos apremian para que resolvamos por aclamacion sobre la suerte de Luis XVI, sin fórmulas, sin pruebas y sin juicio. Hacen circular infames libelos contra la Convencion y ridículos penegíricos del duque de Orleans. Excitan en las secciones nuevas insurrecciones como la del 10 de Agosto, y preconizan leyes agrarias. Los matadores del 2 de Setiembre, asociados con sacerdotes que se dicen patriotas, meditan y propagan listas de proscripcion. Hablan claramente de buscarse un jefe y un dueño á la república. El celo de semejantes hombres para pedir la muerte de Luis XVI me parece, lo confieso, muy sospechoso: quieren, con la precipitacion de un juicio que se pareceria á sus violencias, hacernos legalizar los asesinatos de la Abadía.

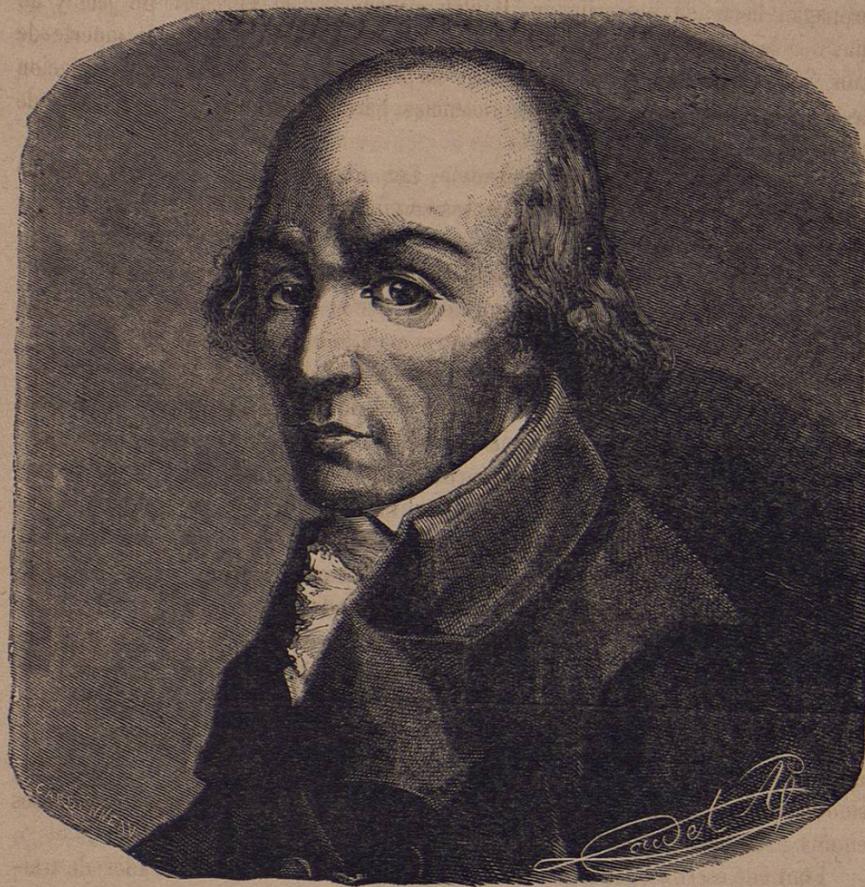
»Raras veces os escribo, perdonadme. Con frecuencia mi cabeza está llena de penosas ideas, y mi corazon de dolorosos sentimientos; apénas me queda muchas veces bastante fuerza moral para cumplir con mi deber. Vuestro juicio es mi consuelo. Libre, ya lo sabeis, de toda clase de ambicion, no teniendo pretensiones de riqueza ni de fama, sólo me ocupa un deseo, que es el de poder un dia gozar con vosotros en el retiro del triunfo de la patria y de la libertad.»

Esta carta respiraba la gravedad, la tristeza y el desinterés de los pensamientos de Vergniaud. Boyer-Fonfrede y Ducos, sus dos jóvenes amigos, dilataban sus almas en confianzas semejantes que tenian con sus amigos de Burdeos. «El departamento de la Gironda—escribia entónces Ducos—debe mucho al cielo y á la actividad de este excelente jóven (Fonfrede, su cuñado y amigo). Si continúa, como espero, marchando con paso firme por el mismo camino, toda la república le deberá grandes obligaciones. ¿Por qué, amigo mio, me llamas silencioso? Si tu reconvenccion es porque me separo de la tribuna, te responderé que cuando se tiene poco respeto por su propia razon y mucho amor á la causa pública, se quiere más trabajar, hablar y servir, que presentarse. He tratado de prestar algunos servicios, nunca de obtener aclamaciones; he satisfecho poco mi amor propio, pero he contentado algunas veces mi conciencia. Además, mi salud, débil siempre desde el mes de Setiembre, no me ha dejado el uso de mis facultades, no diré oratorias, sino discutidoras, y tú sabes que los pulmones de Duchesne son más poderosos en una Asamblea que la misma razon con una voz chillona y aguda.»

Fonfrede escribia por aquel entónces á su padre: «Estamos rodeados de traidores y sitiados por intrigas. Sieyes, Brissot y Condorcet, nuestros amigos, son las únicas cabezas de Francia capaces de darnos una buena Constitucion. Conoceis el talento, el patriotismo y la probidad de Vergniaud; yo le veo de cerca, y os aseguro que es la gloria de la Convencion. Es tan inaccesible á toda seduccion como á todo temor; sólo le conozco un defecto, que es un poco de apatía en el carácter, y alguna propension á desanimarse. Guadet, hombre de gran talento y de un sublime valor, se inmortalizó el 10 de Agosto; su vida responde bien á las calumnias que le han prodigado. Grangeneuve es el patriotismo en persona; su cabeza se enciende demasiado pronto, pero alumbra ardiendo. Gensonné es un hombre que tiene recursos, discute bien; tuvo algun tiempo la pasion de gobernar, pero esta pasion se ha extinguido en él.»

Brissot, por último, afiliado por sus jóvenes amigos entre los patriotas del Mediodía, se quejaba á ellos en estos renglones, hallados entre los papeles de la

Gironda: «Los enemigos de la verdadera libertad me llenan de amargura. Sostengo dia y noche un penoso combate contra los hombres que han jurado la pérdida de la república. Nuestras convulsiones no han llegado á su término; la faccion de la anarquía toma consistencia, y ahora nos será difícil vencerla. Lo he dicho desde el origen de esta Convencion: es la tercera revolucion que tenemos que hacer, la revolucion de la anarquía. Amigos míos, perseverad: conocisteis que sólo el orden



Louv.

y la ley pueden garantir la libertad. En medio de las tormentas que nos rodean aquí, y que agitan la ciudad en que os escribo, es un dulce consuelo para mí contemplar la tranquilidad de que gozáis. Es la apología más elocuente del sistema de república que deshonran las disensiones y el despotismo de Paris».

X

Vergniaud, Ducos, Fonfrede, Grangeneuve, Condorcet y Sieyes hablaban todas las noches de la situacion de la república en casa de una mujer notable por su talento y por su republicanismo, á quien los diputados de la Gironda habian sido recomendados por su banquero de Burdeos. Casada con un hombre rico,